Pelayos

AÑO I – NÚM. 2
8 DE DICIEMBRE - 2021

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 11

Narraciones 23

Clara y Santiago 28

Las Españas 32

Madre de la Hispanidad 34

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas 40

Concurso de Ilustraciones 44

¿Sabías qué? 48

Pasatiempo 58

Cancionero 64

Tienda 66

Pelayo

Como Heredero de una Tradición, has de saber que estás obligado a ser hombre de honor.

Todos deben reconocer en ti una fe inquebrantable, un amor sincero a la Patria, lealtad acrisolada y abnegación sin límites.

Por todo ello, estos deberes te exigen, como futuro soldado de la Tradición, estar siempre dispuesto al sacrificio cuando la Religión y la Patria lo demanden y el Rey lo ordene. Siempre observando la más correcta disciplina, guardando el respeto debido a tus superiores, dejando bien sentado el principio de autoridad.

Porque has sido llamado al combate, esperando la hora providencial, sin desmayos, inquietudes ni impaciencias.

Cuando el Rey te reclame, te ha de encontrar preparado para presentarte al campo del honor, ocupando tu sitio con gusto y satisfacción. Aquel día, Nuestro Señor Jesucristo espera de ti que pelees con heroísmo, sin retroceder jamás.

Encontrarás muchos enemigos: el primero el amor propio; que querrá que abandones ya antes del comienzo. Tenemos testigos sin excepción de nuestra fidelidad: los Mártires, que lo entregaron todo por Dios, la Patria y el Rey. Ninguno de sus nombres han sido olvidados por Dios.

Dios reclama su Altar y el Rey su Trono. La Gracia nunca te ha de faltar para tan grande meta para la que has sido escogido en noble signo de distinción.

¡Todo por Dios, por la Patria y el Rey!

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Hay que defender España. Y hay que defender las grandes causas que el carlismo siempre defendió. Hoy igual que ayer».

Saluda del Capellán

Mis queridos Pelayos:

En vuestra revista habéis leído la historia de la milagrosa intervención de la Inmaculada en la batalla de Empel. Tanto vosotros como yo hemos quedado admirados ante un portento semejante al de Moisés separando con su vara las aguas del Mar Rojo. La Sagrada Escritura nos cuenta que se abrió un ancho camino surcando el abismo, flanqueado por ambos lados con altísimos muros de agua. Para que el pueblo elegido pudiera atravesarlo a pie enjuto, durante toda la noche sopló con fuerza el viento dejando el lecho marino bien seco. De esta manera, los israelitas escaparon de la persecución del Faraón y de todo su ejército, que habia salido de Egipto detrás de ellos para capturarlos.

De la misma forma en que Nuestro Dios asistió a Moisés, accedió también en su divina Providencia al modo divino, a la súplica de Josué, pues detuvo el curso del sol durante toda una jornada en el cenit del cielo de Gabaón y su pueblo alcanzó la victoria total sobre los cinco reyes Amorreos. La derrota del enemigo fue completa y prueba contundente de que el Señor combatía en favor de su pueblo.

Así como el Señor escuchó benignamente la oración de hombres como Moisés y Josué, con mayor razón escuchó la plegaria que por medio de su Madre

Santísima, «la Omnipotencia Suplicante», elevaron hasta lo más alto del cielo desde el lodazal de una trinchera en la colina de Empel, unos heroicos infantes de los tercios de Flandes que mientras cavaban la zanja, encontraron enterrada la tabla de salvación, una Inmaculada de vivos colores, que parecía recién pintada.

Nos relata el cronista Famiano Estrada que: «En procesión la llevan a la ermita y la colocan escoltada por las banderas de las legiones, la adoran pecho por tierra todos; y ruegan a la Madre de los Ejércitos, pues es Ella la que solo podía hacerlo, quiera librar a sus soldados de aquellas asechanzas de elementos y enemigos».

A los pies de la Inmaculada policroma, el Padre Fray García de Santiesteban confiesa y da la comunión a soldados y capitanes; la invocan y cantan con tanto fervor la Salve que hasta se olvidan del frío y el hambre.

En Empel Nuestra Señora se manifiesta como una Reina más poderosa que un ejército formado en orden de batalla, pues Ella, congelando las aguas que los ahogaban, sacó a la infantería del atolladero donde estaban apiñados y famélicos. Gracias a su intervención, al despuntar el alba, pudieron salir al ataque de las tropas y las barcazas enemigas que los asediaban. Sobre el hielo de la mar congelada, corren aquellos soldados de fuerzas menguadas y corazones ardientes de amor a Dios y a su Madre tres veces santa.

Con sus antorchas van incendiando galeotas y pleytas; entre las sombras de la noche y las neblinas de la madrugada van dejando sin vida a aquellos que daban la batalla por ganada. Entre las brumas blancas y el humo negro se distinguen apenas las llamas rojizas. El olor de las explosiones de pólvora y el fuego inflamando el alquitrán de las barcazas quiere asfixiar los pulmones, pero no alcanza para ahogar la furia de la infantería enardecida. Toda la inundación no logra mojar la pólvora que llevaban en unos cuernos para cargar sus armas, ni tampoco consigue apagar el entusiasmo explosivo de sus almas. Se oyen los gritos sordos de los que caen bajo el fuego de los arcabuces y mosquetes, o tocados por picas y espadas; los herejes blasfeman, los católicos invocan a Santiago y María Inmaculada. Mientras tanto los gallos de las granjas vecinas anuncian que llega un nuevo día, un día glorioso de heroísmo y bravura hispana, aquel 8 de diciembre de 1585 que quedará para siempre escrito con letras de oro en las páginas de la historia: Fe y Esperanza.

Y es así como Nuestro Dios se mostró solícito a las súplicas de quienes combatían por el honor de su Madre, pura y sin mancha, por la libertad de su Iglesia, a la sazón amenazada por los protestantes; y respondió a las plegarias de los soldados que defendían con denuedo la magnífica Cristiandad de herejes y musulmanes.

Pero quiero, sobre todo, que prestéis atención a un suceso muy importante, anterior al milagro, que es el prólogo necesario para recibir la ayuda de Dios.

Fue cuando el tercio español se encontraba en una trampa sin salida, apiñado sobre una leve colina, rodeado de agua por doquier. Los soldados ya se habían quedado sin alimentos ni vituallas, con los andrajos mojados y ateridos de frío, porque ni disponían de leña para hacer fogatas. Entonces, con las provisiones exhaustas y habiendo sacrificado todos sus corceles para saciar el hambre, el almirante protestante Holak, Felipe van Hohenlohe-Neuenstein pensó:

– «Ya los tengo. Les enviaré una embajada para que se rindan, así mi victoria será aún más sonada».

Habiendo reflexionado esto, despachó emisarios para negociar la rendición de Don Francisco Arias de Bobadilla. Cabalgan con la bandera de parlamento desplegada, chapaleando barro o nadando a trechos por el agua, vienen a proponerle una rendición honrosa antes que una muerte inexorable. A esta propuesta respondió el Maestre de Campo Arias de Bobadilla:

*– «**Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos**».*

Deseo subrayarlo, porque esta es la respuesta que solo puede dar un católico de verdad, porque solo está en los labios de aquellos que son héroes para su patria, mártires para la gloria y santos para el cielo. En efecto, san Juan nos narra lo que Nuestro Señor nos enseña: «El que ama su vida la perderá; y el que no

está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la Vida eterna». (XII-25)

¡Qué claro tenían estos héroes cuán grandes era el ideal por el que luchaban!: Despreciaban el mundo y sus vanidades por un lugar eterno en el reino de los cielos. Estaban dispuestos a pagar el precio, y aún les parecía barato si tenían que dar la vida por ello. Comprendían muy bien el infinito valor de la gloria eterna. Eran hombres resueltos a morir por, con y en Nuestro Señor Jesucristo, y esperarán el día del juicio final para sentarse a «negociar».

Hoy los valientes Pelayos lleváis una boina colorada sobre vuestra frente –con el mismo orgullo y coraje con que ellos se calaban el morrión o ponían el chambergo– porque no queréis camuflaros por cobardía; estáis animados con la misma fe de vuestros padres, con el mismo fervor de los héroes que estuvieron en la isla de Bommel rodeados por las heladas aguas de los ríos Mosa y Vaal. Hoy, que el infierno ha abierto las compuertas de todos los diques, las herejías modernistas e ideologías liberales y el comunismo extienden sus errores por todas partes, y vosotros estáis ahora asediados por una inundación de iniquidad, rodeados por la cruel maldad que acecha todo bien, no solamente vuestra vida natural, sino también la vida del alma, el estado de gracia.

Como aquel 8 de diciembre en la isla de Bommel sobre la colina de Empel, cuando estés asediado por las tentaciones, saca del barro de tu corazón esa imagen que te devolverá el valor, murmura, reza, canta o

grita con toda tu voz, tu corazón y tu alma, la Salve a tu Reina y Señora. Ella te llevará a la victoria, porque como no tuvo más remedio que reconocer hasta el mismo Almirante hereje Holak al constatar su derrota: ***«¡Tal parece que Dios es español al obrar tan grande milagro!»****.*

Cuando el realismo prudente te muestre que ya naturalmente no hay esperanza; cuando por cobardía veas desertar a los tibios; cuando por el miedo al furor enemigo –que todos los ánimos avasalla–, sufras la traición del camarada; cuando los que deben ser buenos hacen cosas malas y los que deben ser nobles hacen canalladas; cuando te veas solo, porque tus amigos cayeron y otros tienen muerta el alma; cuando pongan cadenas en tus manos porque quieren apresar tu espíritu; cuando sobre tu boca pongan la mordaza porque quieran acallar tu voz; cuando el terror –que no es otra cosa que la falta de confianza en el auxilio divino–, anegue tu alma; cuando te propongan la deserción o la apostasía, justo en ese momento antes de rendirte y darte por vencido recuerda estas palabras: «Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos».

Permaneced leales a la Santa Tradición, que engloba todos estos ideales, tan bien simbolizados por la bandera blanca con la cruz de san Andrés, que flameó victoriosa en Empel y otras tantas batallas, y en cuyos pliegues resuena el eco fervoroso y entusiasta de «¡Santiago y cierra España!». Perseverad, como los infantes del Tercio que no tenían miedo de «aquellos

que pueden matar el cuerpo y que no pueden matar el alma, sino de aquellos que pueden enviar a la muerte eterna del infierno cuerpo y alma» (Mt X-28).

El mismo Dios que abrió un camino por el Mar Rojo, que detuvo el curso del sol y la luna en el cielo de Gabaón, en Empel congeló las aguas hasta convertirlas en hielo y en Lepanto dispuso que los vientos soplaran a favor de su Armada. Él ha dado pruebas más que evidentes de que lucha con su pueblo y ¿si Dios está con nosotros? Respondamos con San Miguel ¡¿Quién como Dios?! Es evidente que el Altísimo quiere darle la victoria suprema, hoy como ayer, a la que es Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo: «Al fin mi Corazón Inmaculado triunfará». Ella es toda la razón de nuestra Esperanza.

No quiero despedirme, querido Pelayo, sin antes desearos a ti y a tu familia una santa y feliz Navidad. Reza y medita ante el nacimiento de tu casa sobre este santo misterio y contemplarás la forma admirable con que Dios nos viene a salvar del lamentable estado de condenación eterna en que nos había dejado el pecado original. Ya ves, ante situaciones humanamente insolubles, desde siempre, la Santísima Virgen nos ha alcanzado soluciones divinas. Lo único importante es que guardes en tu alma la gracia y el amor de Dios y luego de un año 2022, malo o bueno, solo Dios lo sabe, podamos merecer la eterna bienaventuranza.

Sé valiente y devoto de su Inmaculado Corazón y no serás jamás confundido. Te bendice de corazón, Padre José ramón García Gallardo

Fernando III

El Rey Santo

San Fernando nació –probablemente- en el año 1198.

Su vida, depositada en la fe en Cristo, no conoció la derrota ni casi el fracaso. Triunfó en todas las empresas interiores y exteriores.

Fernando III unió definitivamente las coronas de Castilla y León. Reconquistó casi toda Andalucía y Murcia. Los asedios de Córdoba, Jaén y Sevilla y el asalto de otras muchas otras plazas menores tuvieron grandeza épica.

El rey moro de Granada se hizo vasallo suyo. Una primera expedición castellana entró en África, y nuestro rey murió cuando planeaba el paso definitivo del Estrecho.

Emprendió la construcción de nuestras mejores catedrales

(Burgos y Toledo ciertamente: quizá León, que se empezó en su reinado).

Fue tolerante con los judíos y riguroso con los apóstatas y falsos conversos. Impulsó la ciencia y consolidó las nacientes universidades. Creó la marina de guerra de Castilla. Protegió a las nacientes Ordenes mendicantes de franciscanos y dominicos y se cuidó de la honestidad y piedad de sus soldados. Preparó la codificación de nuestro derecho e instauró el idioma castellano como lengua oficial de las leyes y documentos públicos, en sustitución del latín.

Instituyó en germen los futuros Consejos del reino al designar un colegio de doce varones doctos y prudentes que le asesoraran: mas prescindió de validos. Guardó rigurosamente los pactos y palabras convenidos con sus adversarios los caudillos moros, aun frente a razones posteriores de conveniencia política.

Sólo amó la guerra bajo razón de cruzada cristiana y de legítima reconquista nacional.

«*Señor* -exclamó un día delante de su Consejo-, *Tú sabes que no busco una gloria perecedera, sino solamente la gloria de tu nombre*»

Y cumplió su firme resolución de jamás cruzar las armas con otros príncipes cristianos, agotando en ello la paciencia, la negociación y el compromiso.

«No por nuestros merecimientos, sino por los de Cristo, cuyo caballero nos somos: y por los ruegos de Santa María, cuyo siervo nos somos»

Era digno hijo de una madre excepcional, doña Berenguela.

Dominó a los señores levantiscos: perdonó benignamente a los nobles que vencidos se le sometieron y honró con largueza a los fieles caudillos de sus campañas. Engrandeció el culto y la vida monástica, pero exigió la debida cooperación económica de las manos muertas eclesiásticas y feudales. Robusteció la vida municipal y redujo al límite las contribuciones económicas que necesitaban sus empresas de guerra. En tiempos de costumbres licenciosas y de desafueros dio altísimo ejemplo de pureza de vida y sacrificio personal, ganando ante sus hijos, prelados, nobles y pueblo fama unánime de santo.

Más aún. Sabemos que arrebató el corazón de sus mismos enemigos, hasta el extremo inconcebible de lograr que algunos príncipes y reyes moros abrazaran por su ejemplo la fe cristiana.

«Nada parecido hemos leído de reyes anteriores»

Ha llegado a decir la crónica del Tudense.

Y confiesa, historiador musulmán adversario suyo:

«Era un hombre dulce, con sentido político».

A sus exequias asistió el rey moro de Granada con cien nobles que portaban antorchas encendidas.

Era Rey y Santo: fue mortificado y penitente. Murió a causa de las largas penalidades que hubo de imponerse para dirigir un reino donde todos eran súbditos de Cristo y su Madre.

Tres días antes de su boda, el 27 de noviembre de 1219, después de velar una noche las armas en el monasterio de las Huelgas, de Burgos, se armó por su propia mano caballero, ciñéndose la espada que tantas fatigas y gloria le había de dar. Sólo Dios sabe lo que aquel novicio caballero oró y meditó en noche tan memorable, cuando se preparaba al matrimonio con un género de profesión o estado que tantos prosaicos hombres modernos desdeñan sin haberlo entendido. Años después había de armar también caballeros por sí mismo a sus hijos. Mas sabemos que se negó a hacerlo con alguno de los nobles más poderosos de su reino, al que consideraba indigno de tan estrecha investidura.

Los asedios de las grandes plazas iban preparados por incursiones o «cabalgadas» de castigo, con fuerzas ágiles y escogidas

que vivían sobre el país.

La Virgen de las Batallas

Poco antes de conquistar Sevilla, el rey Fernando III el Santo estaba rezando en el campamento de Tablada, se adormeció y tuvo una visión de la Virgen con el Niño en brazos que le decía:

– Yo te prometo que conquistarás Sevilla.

Al despertar le contó la visión a su capellán, el obispo Don Remondo. Al poco tiempo se cumplió lo prometido por la Virgen y el rey, en sus continuas oraciones, se acordaba de aquella imagen que vio mientras dormía. Para no olvidarla, pidió a los escultores que la esculpieran, pero ninguno supo reproducirla exactamente.

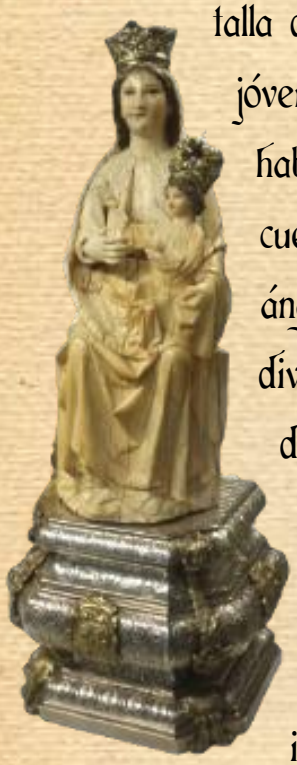
Hubo un día que tres jóvenes vestidos de peregrino llegaron al Alcázar provenientes de Alemania. Eran escultores en su ruta de perfeccionamiento y, tras recorrer el país germano y Francia, llegaban a estas tierras para mostrar su arte y aprender de las obras que aquí se hacían.

El rey Fernando les ofreció lo que quisieran y ellos contestaron que simplemente querían hacerle un regalo por su gran acogida. Le quisieron regalar la talla de una Virgen para alguna de sus capillas. El rey aceptó y les ofreció cuantos materiales necesitaran, pero ellos dijeron que no necesitaban nada, solamente un salón donde pudieran trabajar sin ser vistos y sin que nadie los molestara.

Cuando los tres jóvenes estaban a su labor, una criada se asomó a ver cómo trabajaban y se asombró al contemplar que ninguno tallaba,

sino que se encontraban cantando plegarias en medio de un gran resplandor. Corriendo fue a contárselo al Rey.

San Fernando fue a comprobarlo por sí mismo, pero cuando se acercó vio sobre la mesa que se les había prestado para trabajar, la talla de la Virgen que en sueños había visto día antes. Los jóvenes escultores habían desaparecido, allí no estaban y no había otra puerta por donde pudieran haber salido. Se dio cuenta el Rey en aquel momento que esos tres chicos eran ángeles y que le habían dejado allí la Virgen como regalo divino. Los centinelas confirmaron que nadie había salido del Alcázar y los escultores sevillanos certificaron que era imposible haber tallado aquella imagen en tan poco tiempo.



Así también lo declaró el obispo Don Remondo y, considerándolo un milagro, ordenó que se colocara la imagen en la Capilla del Alcázar con el nombre de Nuestra Señora de los Reyes.

Magueta de la Reconquista de Sevilla por Fernando III el Santo

María de Molina

Salvadora de Castilla

r

Había muerto el rey don Sancho IV el Bravo, nieto de san Fernando, que heredó de su abuelo el valor, pero no la virtud. Antes de morir decía:

«Bien creo que esta muerte que yo muero non es muerte de dolencia, mas es muerte que me dan mis pecados».

Y quedaba viuda y sola, rodeada de mil enemigos, y con su hijo, el nuevo rey, pequeño y desamparado, la reina buena y noble de Castilla doña María Alfonso de Meneses, conocida de la cual había soportado con tanta paciencia y aconsejado con tan tanta dulzura al violento y duro don Sancho, que algún cronista ha dicho que aquel matrimonio fue una *«estrecha unión entre la fuerza y la gracia, entre la ira y la templanza».*

Nació en Valladolid, el año 1264.

Muerto el rey se crecieron más los enemigos.

Y fue el primero el infante don Juan, hermano del rey muerto. Y después el infante don Enrique. Y don Diego de

Haro. Y los hermanos Lara. Y el rey de Portugal. Y le rey de Aragón. ¡Un enjambre de traidores y cobardes, contra un niño y una mujer!

Contra un niño lloroso que decía:

«Hanme quitado

mi reino, y no me han dejado

aún la cuna en que nací».

Contra una mujer fuerte, como las quiere Dios, que les dice con soberana entereza:

«Engañaisos, caballeros,

que no está desamparada

destos reinos la corona,

ni del rey la tierna infancia:

si, porque es el rey un niño

y una mujer quien le ampara,

os atrevéis ambiciosos

contra la fe castellana,

tres almas viven en mi:

la de Sancho, que Dios haya;

la de mi hijo, que habita

en mis maternas entrañas,

y la mía...

ved si basta

a la defensa de un reino

una mujer con tres almas».

¡Bastó! Y por ella se salvó Castilla, que es el tronco de las Españas.

Primero se dirige a los pueblos y les pide demuestren un honor que no tenían los que se llamaban nobles. Y los pueblos respondieron ofreciéndose, fervorosos y enteros, a su reina. Y cuentan las crónicas:

«los omes buenos se hacían muy maravillados de cómo la reina lo podía sufrir e iban todos muy pagados de ella e del su buen entendimiento».

Cuando más arden las guerras contra su hijo y contra ella, le proponen que se case con uno de los traidores, y que así se haría la paz. Pero doña María responde con nobleza de esposa y de madre;

«Para defender el trono de mi hijo no es menester que ofenda la memoria de su padre».

Dios ayudó a la buena reina.

Ganó batallas. Deshizo conjuras. Abatió a sus enemigos y los perdonó.

Y cuando fue mayor su hijo, le entregó el reino. Él lo recibió.

Las malas lenguas calumniaban a la reina, difundiendo rumores sobre su administración, afirmando que se había gastado los dineros del reino, falsedades que creyó su hijo Pero fue totalmente al contrario: había vendido todas sus joyas y hasta las vajillas para sostener a su hijo en el trono. ¡Sólo les quedaba un vaso de plata cuando el canciller presentó las cuentas a aquel mal hijo, monstruo de ingratitud!

Pero el Señor tenia dispuesto que una vez su madre le protegiese la corona.

El joven Rey resultó ser nada astuto para hacer frente a las artimañas nobiliarias, por lo que María de Molina, ya muy delicada de salud, volvió a aparecer en escena para resolver los diferentes conflictos con los nobles rebeldes. Y volvió a hacer gala de su capacidad negociadora, y la búsqueda permanente de la concordia para contener las excesivas ambiciones de la nobleza, que tantas veces pusieron en peligro el reino.

Murió el 1 de julio de 1321. En su testamento ordenaba ser enterrada en el monasterio de las Huelgas Reales de Valladolid, y detallaba numerosos legados piadosos. Dispuso el pago de sus deudas y distribuyó numerosas rentas, legados y propiedades. Los caballeros de la villa organizaron el entierro, que presidió el cardenal legado de Santa Sabina.

ME LO CONTÓ UN PAJARITO

(SEGUNDA PARTE)

Hete aquí que de repente, de manera inesperada, con la brisa fresca de la mañana, abriéndose paso entre las nubes, por un abra de las montañas, se fue acercando un águila. Por un momento quedó suspendida en los aires, como lo hace el Espíritu Santo, y con mucha elegancia, suavemente, se posó en la grandiosa copa de un pino. Se hizo un silencio solemne cuando, con parsimonia, plegó sus majestuosas alas. Ha venido desde tierras muy lejanas, desierto de dilatados horizontes y con una profunda soledad callada, desde la misteriosa Pampa, y se llama: Águila Coronada.

El águila es un ave poderosa, es la que vuela más alto, más arriba, por encima de los más altos montes. Ve mucho más allá que todas las demás, es penetrante su mirada, entre serena y severa. Tiene cara de circunstancias, con la mirada grave y mística propia de quien es capaz de vislumbrar perspectivas insospechadas, aquellas que no alcanzan a divisar las miradas profanas. Vuela a gran velocidad cubriendo enormes distancias.

En esta ocasión tan señalada, atravesó continentes. Sobrevoló selvas misteriosas, abigarradas y enmarañadas. Se ha guiado en su vuelo hacia el norte por una cordillera prolongada y escarpada. Esta cordillera es el extenso dominio del cóndor, que oprime tiránicamente varias regiones andinas, desde las alturas

del poder, adonde lo encumbraron las corrientes favorables de un aire cálido ascendente, en unas tórridas elecciones democráticas. Ahora, sus electores, una vez exhaustos o muertos, lo alimentan con su carroña y los restos del pueblo

paupérrimo. Este gigante causa admiración cuando vuela, e impresiona cuando despliega su majestuoso vuelo en las alturas, pero decepciona todas las ilusiones una vez que se posa en el suelo y se solaza en la podredumbre como haría cualquier carroñero.

Dejando atrás los Andes, pasó a rendir homenaje a un águila muy especial que tiene como trono real un magnífico nopal. Y continuó, evitando diplomáticamente el espacio aéreo de la antipática águila calva, a través del océano, por la estela que en el mar dejaron tres carabelas. De esta manera, llegó puntual al consejo de las aves a primera hora de la mañana.

Todos los gorriones, las cotorras, las urracas y estorninos, los tordos y las garzas, absolutamente todas las demás aves allí congregadas se quedaron quietitas y silenciosas; respetan mucho la autoridad que ostenta por su virtud, nobleza y poder, porque el Águila es el rey de los pájaros, un rey de verdad, con legitimidad de origen y de ejercicio. Ave austera en palabras, para quien el sí, es un sí y el no, es un no; que respeta sobre toda diplomacia, la verdad y la justicia, y desprecia buscar el aplauso halagando al auditorio. Por eso su discurso está muy lejos de ser el de un charlatán demagogo, le tiene sin cuidado la opinión de la chusma democrática y de las masas cretinizadas.

Se hizo un gran silencio y todas, sobrecogidas e inmóviles, esperaron atentas a que hiciera uso de la palabra. Y al acercarse, despacito, para que no se espantaran con su presencia y se fueran volando, les preguntó:

—¿Qué es lo que os preocupa? ¿Por qué estáis todos tan alborotados?

Así fue como contestó una cotorra, que no se puede quedar callada, diciendo de manera un poco estridente y chillona, que estaban todos muy extrañados por la ausencia de los niños en los jardines, los parques y las plazas, que estaban muy tristes sin sus risas ni su bullicio, que ya no corrían ni jugaban, que incluso extrañaban a aquellos que venían con su gomera tratando de cazarlas, y a varios de ellos que, ¡los muy traviesos! buscaban huevitos de colores raros en los nidos que habían construido en las ramas más altas, para que ellos, trepando, no los alcanzaran. ¿Acaso se habrían ido detrás de la música de un flautista malvado? Y si así fuera, ¿en qué caverna los habrá ocultado? O, ¡posibilidad espeluznante! ¿Estarán todos ahogados?

Le dijeron que para resolver la duda habían tomado la decisión de averiguar la causa y razón de esta terrible anomalía. Entonces partieron volando unas hacia el norte, otras al sur, algunas al este y otras al oeste, de ventana en ventana, de casa en casa, por los pueblos y las aldeas de toda la comarca. Revisando una a una, todas habían visto lo mismo, un paisaje desolador ¡estaban consternadas!: se encontraron con que todos los niños estabais encerrados en vuestras jaulas. Le dijeron al Águila que estaban muy tristes por vosotros, muy preocupadas, y que algo aterrador, muy grave, os pasaba.

El Águila les contó, que por las calles andaba un virus más feo que Picio y mucho más malo que el Coco, que cuando se mete en el cuerpo es casi tan malo como cuando el pecado se mete en el alma. El que se mete en el cuerpo de los niños que andan en la calle se llama "Coronavirus", y el que se mete en el corazón de los niños cuando son malos en casa, se llama "Cuernovirus".

El Coronavirus puede matar a los niños con la misma crueldad que Herodes, que desde hace siglos continúa su guerra contra los inocentes de múltiples y siniestras maneras. Éste es el primer peligro de los que acechan a los niños desde muy temprano, cuando unos francotiradores disparan a las cigüeñas en pleno vuelo, para llevarlos consigo a un lugar donde no hay ni sol, ni flores ni pajaritos y en cambio es un lugar sin luz, sin aire, sin nombre ni cruz alguna.

Pero lo que más preocupaba a todos los pájaros era el Cuernovirus, que se cuela en todas las casas para contagiar corazones y para quitarle la vida al alma, como cuando se metió en el Paraíso ¡el muy arrastrado! Tentó a nuestros padres para que hicieran lo prohibido y con orgullo comieran una manzana.

(TERCERA PARTE)

Mirando a su alrededor, para comprobar que no le acechaba ningún otro animal, el Águila coronada les contó que venía de un continente lejano, donde también había visto a los niños en sus jaulas.

Entonces, como la prudencia manda, comenzó a pedir consejo para que cada uno aportara su opinión cualificada, pues antes de hablar quería oír atentamente a aquella comunidad de pájaros, allí congregada.

CONTINARÁ

Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

Hemos dejamos a nuestros amigos jugando con su inseparable perro, Jarrón.

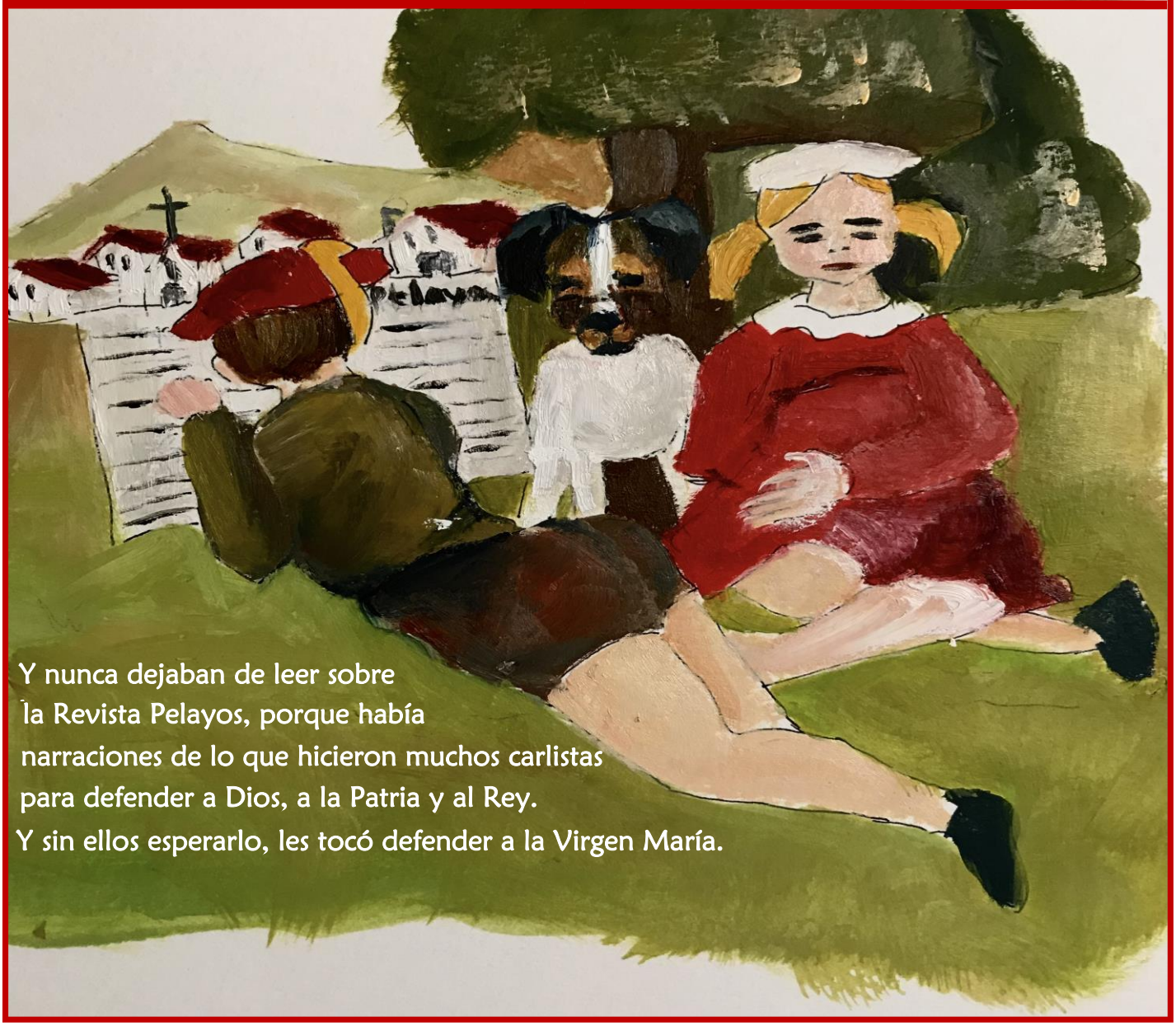
¡Santiago nunca descansa!

Siempre está dispuesto a un buen partido de fútbol con los amigos, ¡y a ganar!

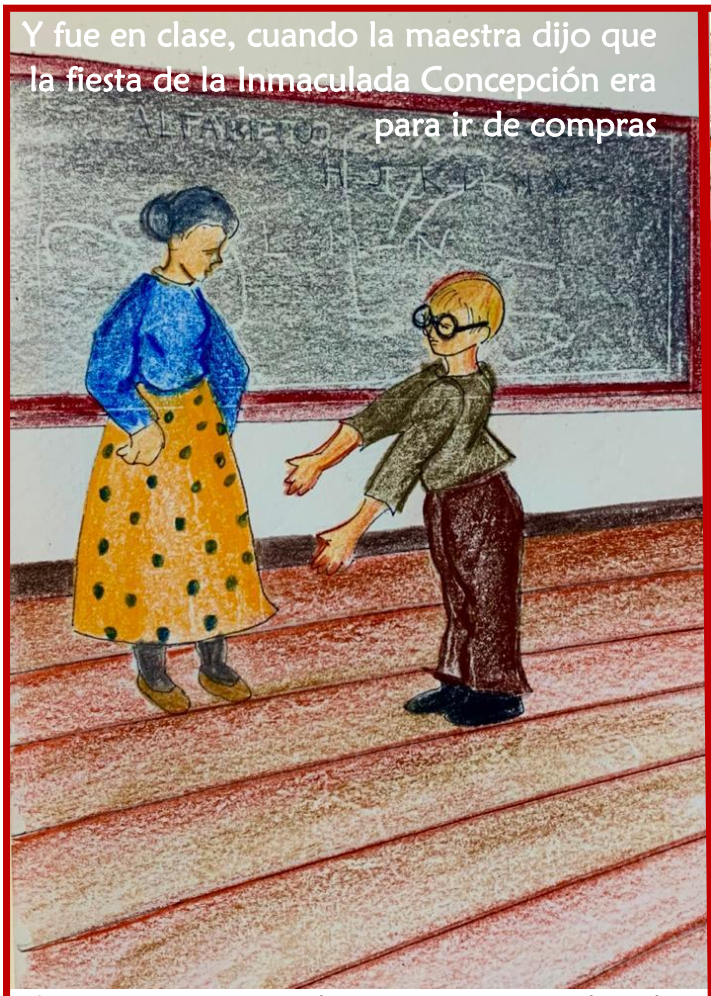
Y Clara siempre recordando a su hermano, que lo primero es ir al colegio, y ser los mejores estudiantes.

Siempre que se hayan hecho bien las tareas, se puede jugar. Y casi siempre lo hacen juntos.

Nunca se olvidan de lo bien que lo pasaron el pasado verano, en el Campamento de Pelayos y Margaritas: durmieron en tiendas de campaña, hicieron excursiones, barbacoas, y un sinfín de juegos. Por la mañana se levantaban y honraban la bandera y ofrecían la jornada al Señor y a la Inmaculada Concepción, Patrona de las Juventudes Carlistas. Había tantas actividades que, cuando llegaba la noche, se quedaban dormidos contando anécdotas. ¡Y cuántos Pelayos y Margaritas!



Y nunca dejaban de leer sobre
la Revista Pelayos, porque había
narraciones de lo que hicieron muchos carlistas
para defender a Dios, a la Patria y al Rey.
Y sin ellos esperarlo, les tocó defender a la Virgen María.



Santiago no se pudo aguantar y, pidiendo permiso a la maestra, se levantó y dijo: «Es para honrar a Nuestra Madre, la Virgen María, en su Inmaculada Concepción». Y la maestra llamó a la Directora.

Pero ahora era Clara quien explicaba a la Directora que la Inmaculada era Patrona de las Juventudes Carlistas, que luchaban por el Reinado de su Divino Hijo.

Así que quedaron con todos sus amigos en su casa, para que les dijeran cosas de la Inmaculada, su Patrona.

Y ni cortos ni perezosos, les contaron el *Milagro de Empel*, mientras todos escuchaban atónitos como la Virgen había ayudado a tan bravos soldados españoles.

Clara y Santiago fueron unos valientes, que no tuvieron miedo de defender a la Virgen María el día de su fiesta.

LAS ESPAÑAS

Hola D. Ignacio, saludó Clara.

Ignacio es un viejo amigo de la familia; lleva muchos años yendo a casa de Clara y Santiago, manteniendo largas conversaciones con sus padres. Y siempre tiene grandes historias que cuenta con verdadera pasión.

Cuando empieza a hablar de todos sus viajes, que son muchos, nadie le interrumpe. Tanto es así, que nuestros amigos esperan con impaciencia que venga a comer a su casa, y así conocer todo lo que ha visto. Porque a diferencia de internet, él sabe el porqué de las cosas.

Nunca tiene prisa y les da tristeza cuando se despide, esperando con impaciencia su regreso a su casa. ¡Son tantas las cosas que quieren conocer!

-Hola Clara, contestó D. Ignacio.

-Hola D. Ignacio, se apresuró Santiago.

-Pensé que no me ibas a saludar, Santiago. Afirmó con una sonrisa D. Ignacio.

Jarrón saltaba de alegría e intentaba saludar ladrando todo lo fuerte que podía. A cada salto intentaba dar un buen lengüetazo a la mano derecha de D. Ignacio.

Pero lo que más les sorprendía de él, era aquella boina roja que le acompañaba siempre. Nunca le vieron separarse de ella. Cuando se sentaba en el sillón de la salita de su casa, la posaba con respeto en la mesa de centro, como si las aventuras las viviera gracias a ella.

-Ya estoy aquí, Jarrón ¿Me has echado de menos? Dijo D. Ignacio pasando su mano derecha por la cabeza de Jarrón.

-Sí, mucho -se adelantó Clara, como si fuera la portavoz- ; papá nos va a dejar hacerte preguntas después de comer. ¿Te podemos hacer preguntas de tus viajes?

-¡Yo tengo muchas!, exclamó Santiago mientras cogía de la mano izquierda a D. Ignacio para acompañarlo a la salita.

Ahora que sus padres les dejaban que le preguntasen, no podían esperar a comer.

Y D. Ignacio se dejó llevar.

-¡Mamá, mamá! ¿podemos preguntarle cosas a D. Ignacio antes de comer? Insistía Santiago.

-Tenemos que poner la mesa entre todos y D. Ignacio es nuestro invitado, pero mientras colocamos los platos y los cubiertos, le podéis preguntar todo eso que tenéis en la cabeza.

-¡Gracias mamá!, exclamó Santiago mientras abrazaba a su madre.

Eran tantos los nervios, que se les había olvidado a los dos que había que poner la mesa.

-Veamos… ¿la primera pregunta?, dijo D. Ignacio mirando a los dos hermanos, mientras Jarrón, ajeno a las preguntas, movía el rabo ante tanta expectación.

Ninguno preguntaba nada. Se quedaron callados.

-No sé qué preguntar, susurró Clara.

-Yo tampoco, le siguió Santiago.

D. Ignacio sonrió: Tanta prisa y ¿no sabéis qué preguntar? Intervino su padre.

Volviendo a sonreír D. Ignacio y acariciando el lomo de Jarrón, les ayudó en este silencio:

-Pues entonces, os hablaré de las Españas. Viajaremos por toda la Hispanidad: veremos a nuestros reyes, rezaremos con nuestros santos, viajaremos con los descubridores y visitaremos iglesias, palacios y castillos. Venceremos a los moros y a los herejes, lucharemos por Cristo Rey y fundaremos ciudades.

-¡Sí!, clamaron los dos hermanos a la vez, con los ojos bien grandes.

-Sí, pero será después de comer y recoger la mesa, sentenció la madre.

Aquella sobremesa prometía ser de las mejores.

CONTINUARÁ…

Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de Guadalupe

Sucedió una vez, hace muchos años, allá por un 12 de Diciembre de 1531, en el Virreynato de Nueva España (actualmente denominado Méjico). Un indio adulto, cuyo nombre de pila bautismal era Juan Diego, pero que antes, se llamaba Cuauhtlatóhuac (que significaba: el que habla como águila), fue elegido por la Virgen María para ser testigo y mensajero de unos hechos milagrosos muy hermosos y trascendentes.

Juan Diego vivía en el campo, y una mañana, como siempre, se dirigía a la Santa Misa en el pueblo, para luego hacer algunos trueques en el mercado.

En el camino, al cruzar por el cerro Tepeyac, oyó una voz que lo llamaba desde la cima.

Al llegar a lo alto del cerro, vio una señora Celestial que resplandecía como el Sol. Ella lo llamó: "Juanito, Juan Dieguito", él se acercó y se inclinó ante ella.

La Señora le dijo:

- "Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?

Juan Diego respondió:

- "Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de Tatitlolco (Nueva España), a seguir las cosas divinas que nos dan y nos enseñan los sacerdotes, delegados de Nuestro Señor"

Entonces la Señora le dijo:

- Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos, que yo soy la Siempre Virgen Santa María, Madre del Verdadero Dios, por quién se vive; del Creador cabe quién está todo: Señor del cielo y la tierra.

Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa Madre. Ve y cuenta todo al Obispo cuanto has oído y visto.

- Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo.

Juan Dieguito fue a prisa a ver al Señor Obispo, quién al oír su recado, le dijo que volviera otro día, y así en ese tiempo podría meditar.

Juan Dieguito se volvió triste hacia su casa. Al pasar por el cerro Tepeyac se encontró nuevamente a la Santísima Virgen María, y le contó lo sucedido.

La Señora insistió que él debía ser su mensajero y le pidió que al día siguiente, volviera a ver al Obispo Juan de Zumárraga, y le renovara su voluntad. Al otro día, Juan Dieguito cumplió lo

que la Virgen le pidió, y el Obispo le requirió que le solicitara a la Virgen alguna prueba.

Al regresar, le dijo a María Santísima lo sucedido, y ella le pidió que volviera a la mañana siguiente y entonces le daría la prueba.

Cuando Juan Dieguito llegó a su casa, encontró a su tío Juan Bernardino gravemente enfermo, y pasó la noche rezando a la Virgen y a Dios por su tío. Al llegar el amanecer, su tío le pidió que fuera al pueblo, que buscara un sacerdote que le administrara los sacramentos, y así poder tener, un buen morir.

Juan Dieguito pensó que si seguía el camino de siempre, se encontraría a la Virgen, quién le daría la prueba para el Obispo, y tendría que cumplir ese recado. Entonces decidió que iría por otro camino a buscar al sacerdote para asistir a su tío, y luego iría a ver a la Santísima Virgen para cumplir su pedido.

Mientras Juan Dieguito estaba esquivando el cerro del Tepeyac, La Virgen se le apareció en su nuevo camino, y le preguntó: - ¿Por qué no has venido a buscar la prueba?-, a lo que él respondió contando lo sucedido con su tío. Ella lo tranquilizó y le dijo que su tío ya estaba curado.

Y por último le indicó que fuera al lugar donde ella había aparecido por vez primera, y que juntara en su tilma las flores que allí había, y se las llevara al obispo. Lo extraño era, que en esa época no solían crecer flores allí, y menos aún, rosas de Castilla.

Juan Dieguito se dirigió a la cumbre del cerro Tepeyac, y allí encontró las flores que la Santísima Virgen María le había mencionado. Las recogió y las guardó solemnemente en su tilma. Se dirigió a la casa del obispo y lo esperó durante un largo tiempo. Probablemente el obispo pensó que Juan Diego seguiría con sus relatos, pero que no

había traído ninguna prueba. Por fin lo hicieron ingresar, y Juan Dieguito pasó temeroso con las flores en su tilma.

Juan Diego contó todo lo sucedido al Obispo y al dejar caer las flores, las cuales eran la prueba, el Señor Obispo, que se encontraba junto al Sargento Mayor de la Plaza, se arrodillaron. Juan Dieguito no comprendía lo que sucedía, pero al bajar la vista, observó la imagen de la Santísima Virgen María pintada sobre su tilma, la misma que se le había aparecido.

Con el tiempo, a través de la tradición oral, de generación en generación, la devoción y los milagros de la Virgen de Guadalupe se propagaron por toda la América Española y por la misma península ibérica. Por su importancia, el papa San Pío X la nombró «Patrona de la América Hispana»; y Pío XII la nombró Reina de Méjico, Emperatriz de las Américas y las Islas Filipinas.

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

Los Nervios del Tradicionalismo

Los propagandistas

La tierra abre su seno amoroso, deseando recibir la semilla del Tradicionalismo, para que germine y brote, y produzca abundantes flores de esperanza y sabrosos frutos de bendición. Y van nuestros propagandistas sembrando por doquiera las simientes de la buena doctrina: el Dios de nuestros padres, la Patria de nuestros amores, el Rey de nuestros homenajes ...

Llevan todos los españoles en su fondo (aún los más descarriados) un sedimento de substancia tradicionalista; hay en los campos yermos de su alma algún rincón de tierra sana, en donde puede germinar la buena semilla si allí llegan el buen sembrador y el sol de la bendición de Dios. ¡Sembrad, propagandistas, la buena doctrina, y abundante será la recolección de buenas ideas, de excelentes obras, de férvidos entusiasmos, de energías latentes!

Los veteranos

Imaginaos un gran campamento. Estamos en plena guerra. Los batallones van alineándose alrededor de un altar, en el cual un viejo sacerdote oficia de ministro. La infantería, apretándose, doblada la rodilla, murmura plegarias, al compás de sus bandas de música. Caballos y cañones forman alrededor una línea majestuosa, imponente. La devoción arranca lágrimas de aquellos ojos que no logró nublar el humo de la pólvora ...

Un viejo general, que luchó en aquella lejana guerra, avanza hacia el altar. El sacerdote detiene un minuto sus santas oraciones:

- *¡Muchachos! Juremos ante el altar defender a Dios y a su Iglesia. Juremos sacrificarnos por nuestras seculares leyes de libertad. Juremos morir*

por nuestro Rey, abanderado que juró estos fundamentales principios. Juremos derramar nuestra sangre por la felicidad de nuestros hermanos y la gloria de nuestra Patria adorada.

Y mientras un ¡«*Juramos*»! colosal se escapa de diez mil bocas y las lágrimas de emoción bañan las mejillas, un «¡*plam! ¡rataplam*!» de los tambores retumba en el espacio, y al son de las campanillas del acólito el sacerdote levanta entre sus manos la Hostia Santa, testigo eterno de los juramentos de aquellos bravos voluntarios de los reyes legítimos que sacrificaron sus vidas en multitud de frentes (militar, político, social, cultural…) por devolver la Santa Tradición al corazón de nuestra Patria…

¡Honor a los Veteranos, nervio motor de nuestro cuerpo político y ejemplo viviente de los cruzados del mañana!

Las Juventudes Tradicionalistas

A vosotros, que sois juventud, aliento y vida, toca el complemento de la labor propagadora. Con vuestro talento, con vuestra elocuencia, con vuestra pluma, con vuestro brazo ... habéis de completar la victoria. Tomad ejemplo de vuestros padres, los viejos militantes de la Causa que expusieron su vida, o acaso la dieron, por el triunfo de su santo ideal; sed vosotros ejemplos vivientes para los que, aún más jóvenes que vosotros, os siguen en la lucha. Dispersaos, después, por los cuatro ángulos de la nación, llenando cátedras, escuelas, clínicas, oficinas, sociedades profesionales, ayuntamientos; etc., y sembrando con vuestro entusiasmo y vuestro ejemplo la doctrina que encierra nuestro Credo salvador ... Vosotros sois, jóvenes tradicionalistas, la promesa segura de un día venturoso para la Patria, que en vosotros confía y en vosotros pone su más dulce ilusión.

Las familias y sus bulliciosos «Pelayos»

Son los mocitos «Pelayos» la inocencia, la sinceridad y la alegría de nuestra Comunión. Son la herencia humana de los que pasaron. Son

la herencia integral de los que fueron. Son el transmisor de las energías de la Patria. ¡Dejad que los niños vengan a nosotros!

Somos los tradicionalistas una Tradición. Somos los tradicionalistas una gran Familia; por esto es tan lógico y natural tener niños entre nosotros, como en los demás partidos no tenerlos. Nosotros necesitamos niños en los cuales depositar la Tradición, y en ellos continuarnos, y en ellos perpetuarnos. Los demás partidos no necesitan a quienes legar nada, porque nacen y mueren con las circunstancias, o en todo caso se continúan en lo mecánico, variando de programa, de ideales, de substancia, de líderes.

Y ved cómo se ilustran nuestros jóvenes, como aprenden de labios de nuestros hombres, asimilando ciencia, perfeccionando su saber, armándose con la fuerza de la honradez, de la sabiduría y de la lógica...

Dejad, padres y madres, que los niños vengan a nosotros. Uníos con vuestras familias al servicio de la Causa Santa de Dios, Patria y Rey.

En el seno de vuestras familias, de vuestros hogares auténticamente cristianos y verdaderamente españoles, y en el pecho de vuestros hijos, germina el venturoso mañana...

Las Margaritas

¿Las conocéis? ¡Quién no las conoce! En sus rostros resplandece la virtud, en sus corazones la bondad, la caridad en sus almas, en su porte el pudor y la sencillez y el valor en su mirada. La santa Reina de la cual tomaron el nombre es asimismo su ejemplo. De Ella han aprendido las virtudes. Son la sal de nuestra Comunión, son la luz de nuestras fiestas, son el alivio y el consuelo de nuestros pobres, son el impulso en nuestros combates, son la voz de la persistencia en nuestras luchas cotidianas y modelo de la mujer cristiana. ¡Margaritas! Sois el sol que fecundiza nuestra Comunión y el nervio más poderoso que la ha hecho heroica a través de un siglo de luchas y sacrificios.

Hoy como ayer siguen animando la vida de nuestra Comunión, llevando a cabo iniciativas de toda índole para difundir el entusiasmo por el Ideal, y lo que es más importante, manteniendo vivo el fuego sagrado de la Tradición en el seno de sus hogares, cuidando y garantizando la continuidad del tradicionalismo en las futuras generaciones que se van a convertir el día de mañana en los herederos de la lucha por la Tradición.

S.A.R. D. Javier I

Padre de D. Enrique V

I Concurso Infantil y Juvenil de Ilustraciones Revista Pelayos

Ganadores categoría Infantil

1º Premio

María Teresa Baño Astinza - España

«El Nacimiento contemplado por los Reyes Católicos y los mártires carlistas desde el cielo»

2º Premio

María Teresa Oria de Rueda Álvarez de Salgueiro – España

«Dos Margaritas adoran al Niño Jesús acompañadas por sus gatos»

3º Premio

Inés María Arias Ayerza - Argentina

«La Santísima Virgen y San José adorando al Divino Niño»

I Concurso Infantil y Juvenil de Ilustraciones Revista Pelayos

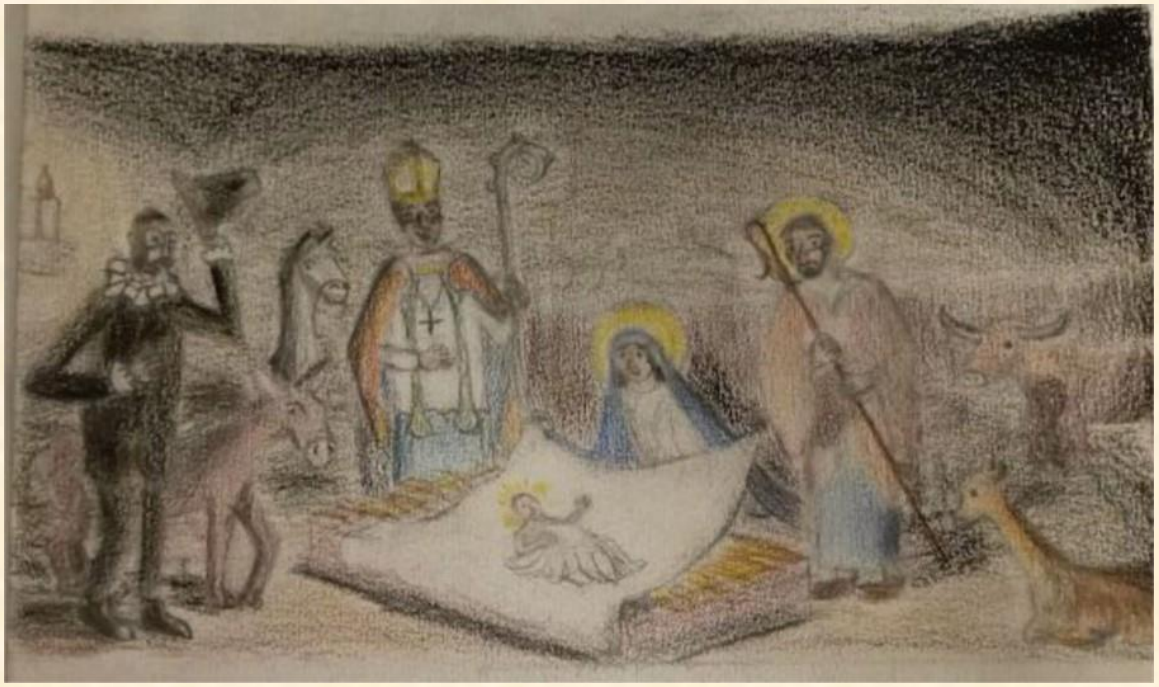
Ganadores categoría Juvenil

1º Premio

María Estefanía García Herrera -Argentina

«Familia de la Pampa en el Portal de Belén»

2º Premio



Ignacio José Valle Macintrye –Perú

«Virrey y S, Toribio de Mogrovejo con una llama (izda) y
San José y la Virgen con un buey y una vicuña. Jesús en el centro»

3º Premio

María Trinidad García Herrera –Argentina

«Un Pelayo, una Margarita y un ratón de la Pampa cantan un villancico frente al nacimiento»

¿Sabías qué?

Ocurrió el ocho de diciembre de 1585, un Tercio del ejército español, el Tercio Viejo de Zamora, comandado por el maestre de campo Francisco Arias de Bobadilla, defendía el monte de Empel, en una pequeña isla holandesa. En frente, una flota de cien barcos de los rebeldes de los Estados Generales de los Países Bajos, que se encontraban bajo el mando del almirante neerlandés, alías Hollock.

Pero retrocedamos en el tiempo hasta 1555. En ese año, Carlos I (V de Alemania) legó a su hijo Felipe II el gobierno de España y de los estados que hoy ocupan en su mayoría los Países Bajos. De esta forma, el monarca cedía las que durante toda su vida habían sido sus tierras predilectas para, después de una larga regencia, retirarse de la vida pública.

Pero Europa quedó dividida entre católicos y herejes, seguidores de Lutero, especialmente en la región flamenca. Sin remedio para evitar un enfrentamiento latente desde hacía varios años, la contienda se materializó cuando las provincias de los Países Bajos se unieron contra Felipe II. Como contrapartida, desde España se inició la movilización de varios Tercios hacia el territorio para, mediante pica y arcabuz, terminar con las pretensiones de independencia rebelde. Acababa de iniciarse la «Guerra de los ochenta años».

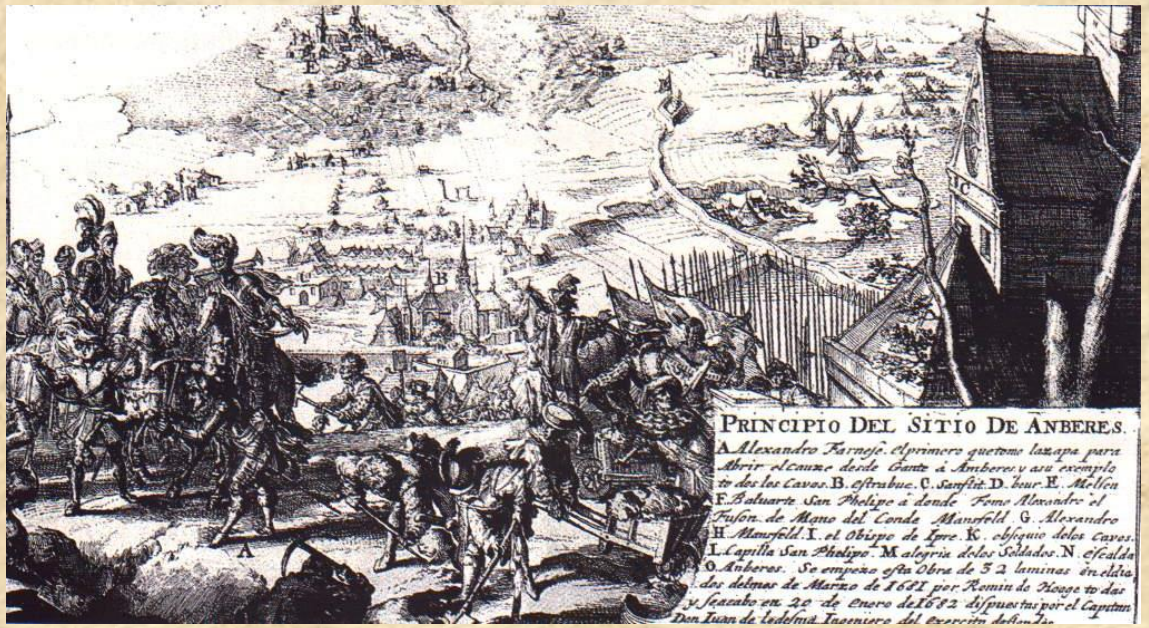
En 1565, el Rey, le escribe al arzobispo Pedro Guerrero en los siguientes términos: «*Habiéndose tanto extendido y derramado y arraigado las herejías habernos procurado en cuanto ha sido posible, no sólo conservar y sostener en nuestros reinos, Estados y señoríos, la verdadera, pura y perfecta religión y la unión de la Iglesia Católica y la obediencia de la Santa Sede Apostólica*».

Tanto era el celo por la Fe verdadera de Felipe II que los papas Sixto V, Gregorio XIII y Clemente VIII le concedieron la condición de protector permanente del catolicismo. Clemente VIII le dedicó una necrológica cargada de elogios de este estilo: «*sus obras y palabras convenían muy bien al nombre de católico que tenía y por tantas razones se le debía y que desto postrero toda la cristiandad era testigo*». Y Santa Teresa de Jesús escribió en 1573: «*Harto alivio es que tenga Dios nuestro Señor tan gran defensor y ayuda para su Iglesia como Vuestra Majestad es*».

Felipe II seguía los sabios consejos de su padre, Carlos I: «*Encargamos a nuestro hijo que viva en amor y temor de Dios y en observancia de nuestra santa y antigua religión, unión y obediencia a la Iglesia romana y a la Sede Apostólica y sus mandamientos*». Y que no se cansaba de repetirle como Monarca católico de España, hija predilecta de la Iglesia: «*tened a Dios delante de vuestros ojos y ofrecedle vuestros trabajos y cuidados, sed devoto y temeroso de ofender a Dios y amable sobre todas las cosas, sed favorecedor y sustentad la fe.*»

Aunque eran abundantes las muchas las plazas que estaban en poder de los herejes y multitud las que pedían auxilio a los católicos ante la presión enemiga. Pero todo cambió con la llegada de, III duque de Parma, al que llamaban «el Rayo de la Guerra», y que había ya luchado en «la más alta ocasión que vieron los siglos», Lepanto.

Tanto era el genio militar de Alejandro, que consiguió en dos años tomar Dunkerque, Ypress, Brujas, Alost, Nieuwpoort y otros enclaves estratégicos. Estas victorias culminaron tras más de un año de asedio, con la toma de la ciudad de Amberes el 17 de agosto de 1585. Fue tal la importancia de esta victoria que se organizó una cena en honor de los veteranos en la que el propio Farnesio y otros mandos oficiaron de camareros.



Así, después de esta magnífica victoria, se dirigió a las «Islas de Gelanda y Holanda», donde los católicos pedían auxilio ante la opresión de los herejes protestantes. Puso al mando de su ejército al Conde Carlos de Mansfeld, que recibió órdenes de dirigirse hacia el norte de Brabante (en el centro de los Países Bajos). A esta fuerza se

unió a su vez nuestro Tercio protagonista, dirigido por el Maestre de Campo Don Francisco de Bobadilla, un militar con una extensa y excepcional hoja de servicios.

De esta forma marchan el conde Carlos de Mansfeld con los tres tercios de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon, de D. Francisco de Bobadilla y el de Agustín Iñíguez, repartidos en sesenta y una banderas y con la compañía de arcabuceros a caballo de españoles del capitán Juan García de Toledo.

Al llegar a la orilla del rio Mosa (que corta los Países Bajos de este a oeste), Mansfeld acuartela el grueso y ordena a Bobadilla que ocupe la isla de Bommel.

¿Cómo es esta isla? Tiene unos 25 Km. de este a oeste y 9 de anchura máxima de norte a sur, y está formada por los ríos Mosa y Vaal.

Si dudarlo un momento, Bobadilla cruza el río y toma este minúsculo terreno, de muy escasa importancia para los herejes, con los tercios de Cristóbal de Mondragón, Agustín Íñiguez y la compañía de arcabuceros del capitán Juan García de Toledo, cerca de cinco mil hombres en total. Una vez allí, como buen estratega, envía varias patrullas a proteger los diques de contención construidos para evitar que el agua anegara aquella isla. Porque, si el enemigo tomaba varios de ellos, podría llegar a inundar Bommel y lanzar sobre los españoles

toda la fuerza del agua y ser arrasados sin siquiera poder presentar batalla.

Ya tomado el terreno, el conde Carlos de Mansfelt parte hacia Harpen, a 25 Km. de la isla, dejando al Maestre de Campo al Mando.

Pero el conde de Holac, rabioso por la humillación en la pérdida de Amberes, enterado de los movimientos de los Tercios españoles, y aunque no le daba importancia estratégica a la isla, aprovecha la oportunidad para querer dar una lección al ejército español y así humillarlo. Se juntan los rebeldes en Holanda y Gelanda, y arman y guarnecen de muy buena infantería más de doscientos navíos, entre grandes y pequeños, pensando en un primer momento en anegar a los españoles con la fuerza de los dos ríos.

A la llegada de los barcos, desembarca tropas y zapadores, que abren varias brechas en dos diques que contienen las crecidas del caudal de los ríos. Pero el que está entre los lugares de Dril y Rosan, que es donde Francisco de Bobadilla había alojado y repartido los tres tercios españoles, no lo pudieron cortar, aunque lo intentaron por muchas partes.

Sin ninguna piedad, los rebeldes abren los diques que habían conseguido tomar. En apenas unos minutos, el agua se lanza sobre los tercios españoles con más fuerza que una carga de caballería pesada. La isla empieza a inundarse a toda velocidad. En apenas minutos, los soldados españoles se vieron cercados en aquella lengua de tierra, mientras eran atacados a muy escasa distancia por gran cantidad de embarcaciones e innumerables mosquetes y arcabuces. En esta crítica situación, bajo el fuego enemigo y el nivel de agua subiendo rápidamente, Bobadilla, casi sin tiempo de reaccionar, ordena a sus hombres abandonar el

campamento y dirigirse corriendo al punto más alto de la isla, el monte de Empel. Y desde esta posición devuelven el fuego y ponen en fuga a los enemigos que ya se abalanzan sobre ellos.

Holac ordena, ante la inesperada resistencia, retirar sus embarcaciones del alcance del fuego español.

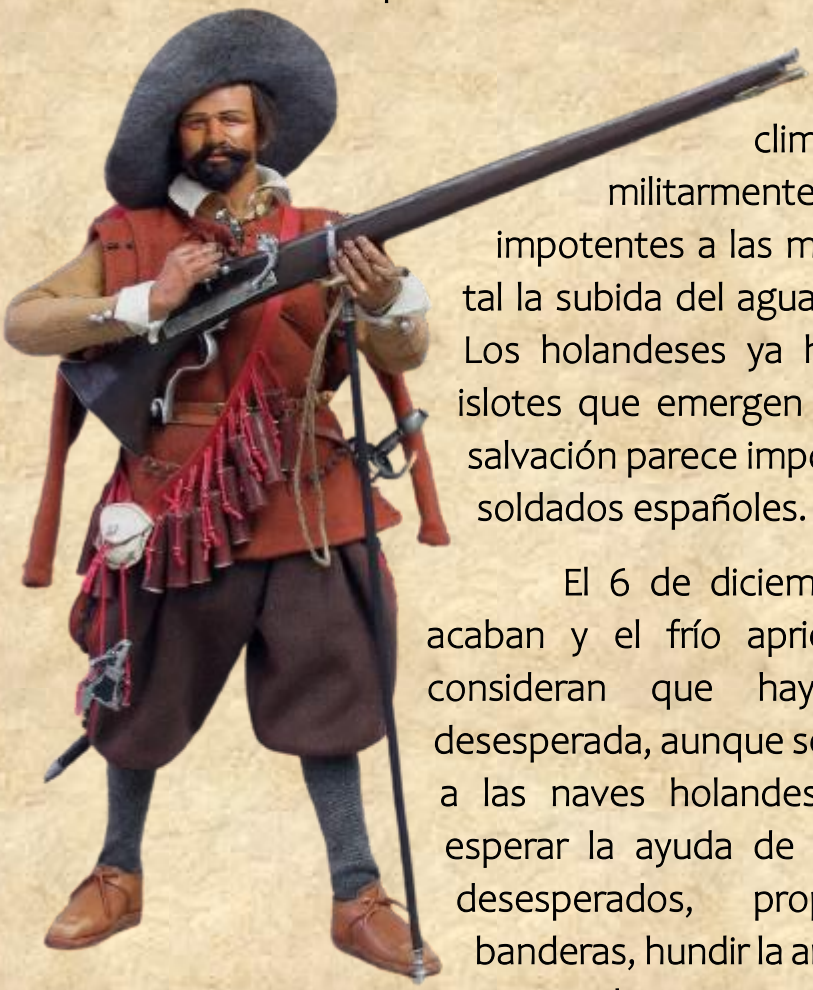
La situación de esa noches e grave: rodeados de numerosos enemigos, cañoneados con fuego de artillería y mosquetería rebelde hasta la saciedad y con el agua subiendo, Francisco de Bobadilla toma una decisión: manda al capitán Bartolomé Torralva, acompañado de un soldado flamenco, amigo fiel, con un mensaje de socorro para Alejandro Farnesio.

Mientras, tratan de fortificar el monte con tablones de madera y tierra, no solo para protegerse de los disparos de los holandeses, sino también para impedir que el nivel del agua les alcanzara para, al menos, resistir hasta la llegada de refuerzos. Pero, al mismo tiempo, ordena pasar al ataque, ¡son Tercios españoles! El 5 de diciembre embarca en nueve barcazas, tres por cada tercio, a diez piqueros, diez mosqueteros y quince arcabuceros con dos capitanes. En total, 333 hombres, con la misión, casi abrir un hueco entre las filas enemigas por el que escapar.

Pero fue imposible. Las tropas enemigas, aprovecharon su superioridad en hombres y armamento, arrebatan varias posiciones a los defensores. Al mismo tiempo, un capitán flamenco católico informa a Bobadilla de la existencia de un paso por el que los infantes

españoles podrían evadirse de la isla. El capitán Melchor Martínez, del tercio de Mondragón, va a reconocer el lugar indicado a bordo de un bote con tres soldados. En un entorno desconocido, con nieblas casi perpetuas, yerra la dirección y es herido de muerte en el momento del desembarco.

La situación más complicada a cada momento que pasa. Bobadilla ordena ocupar una pequeña isla vecina a Empel, donde se apostan con dos cañones. Hambrientos, ateridos por las duras condiciones climáticas y superados militarmente, los españoles asisten impotentes a las maniobras enemigas. Era tal la subida del agua, que ya apenas caben. Los holandeses ya han fortificado algunos islotes que emergen sobre la inundación: la salvación parece imposible para estos bravos soldados españoles.



El 6 de diciembre, las provisiones se acaban y el frío aprieta. Algunos soldados consideran que hay que atacar a la desesperada, aunque se ahoguen en el intento, a las naves holandesas; otros abogan por esperar la ayuda de Farnesio. Y unos, más desesperados, proponen quemar las banderas, hundir la artillería y dividirse en dos grupos para matarse los unos a los otros para que los rebeldes y enemigos de Dios no triunfasen sobre ellos.

El conde de Holac, entretanto, en su soberbia, ya ha enviado mensajeros a Zaltbommel, Gorkum y Dordrecht para advertir a las autoridades de que en muy breve les mandará miles de cautivos españoles.

Envía emisarios ofreciendo una rendición honrosa a los españoles. Pero tuvieron una tajante respuesta, que sólo un español tiene el honor de poder dar: «*Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos*».

Y vuelven a sus posiciones, dispuestos a dar hasta la última gota de sangre por Dios, por España, por el Rey. Limpian el armamento, desenfundan sables, preparan picas, y mientras un soldado cava una zanja para resguardarse debajo de la tierra del mucho aire que hacía y de la artillería enemiga, encuentra una imagen de la limpísima y pura Concepción de Nuestra Señora, pintada en una tabla, de tan vivos y limpios los colores y matices como si se hubiera acabado de hacer.

Inmediatamente el maestre de campo, Bobadilla, manda colocar la imagen en un altar improvisado y consagrar al Tercio a la protección de la Inmaculada. El padre fray García de Santisteban convoca a las tropas y todos juntos rezan la Salve, arrodillados, frente a la Virgen.

Ya es 7 de diciembre. Se levanta una inusual ventisca que hiela la superficie del río Mosa, algo que no ocurre en la zona hasta mediados de enero.

Sorprendido, Holac ordena que sus naves se retiren para no quedar a merced de la helada, mientras exclama: «*Tal parece que Dios es español al obrar tan grande milagro*». El día 9, Bobadilla llamó a voz en grito a sus soldados para que tomaran sus picas, mosquetes y arcabuces, pues era hora de aprovechar su ventaja: se suben a sus barcazas y, tras atravesar el hielo, abordan e incendian los barcos enemigos que, debido a las prisas, han quedado atrapados en el hielo, y asaltan el fortín que habían levantado a orillas del Mosa.

Lámina de Jordi Bru

Los rebeldes corrían para salvar su vida ante la fiereza de los españoles, fortalecidos por la intervención de la Virgen María, y aquellas fuerzas que ya flaqueaban por el hambre, el frío y el asedio, son ahora el empuje de unos Tercios que jamás se rinden.

Alejandro Farnesio, tuvo noticia de la liberación durante su marcha para prestar auxilio, escribió una elogiosa carta a Bobadilla. Los católicos de Flandes lo recordarán siempre.

Y en aquella gloriosa mañana de 8 de diciembre, como tal, quedó fijada la fecha de la fiesta de la Inmaculada en el calendario litúrgico.

El día 25 de diciembre de 1760, el Papa Clemente XIII proclamó a la Virgen María, en el Misterio de su Concepción Inmaculada, Patrona de los Reinos de España a uno y a otro lado del Atlántico. El Papa actuaba así movido por una súplica dirigida a él por el Rey de España, don Carlos III.

Esto ocurrió años antes de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María, creído ya por los españoles, e incluso defendido por muchos con voto de sangre. Este dogma fue proclamado en el año 1854 por el Beato Papa Pío IX.

El 8 de diciembre de 1857 el mismo Papa hizo construir en la Plaza de España de Roma un bellísimo monumento a la Inmaculada. Es bonito recordar que, al bendecir la imagen, el Papa declaró ante el embajador español: «*Fue España la nación que trabajó más que ninguna otra para que amaneciera el día de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María*».

Patrona de los Requetés, de las Margaritas y de la Juventud Carlista.

Pasatiempos

Trivial Carlista

Te presentamos el juego de mesa «Trivial Carlista», con el que podrás demostrar tus conocimientos sobre la Santa Causa, compitiendo individualmente o en grupo, con amigos o en familia.

Coleccionable y recortable. En cada entrega de la Revista Pelayos, se obsequiarán fichas coleccionables que se irán acumulando hasta completar el juego entero.

En este número: el Tablero (en hojas centrales) y un adelanto de las Fichas recortables e imprimibles.

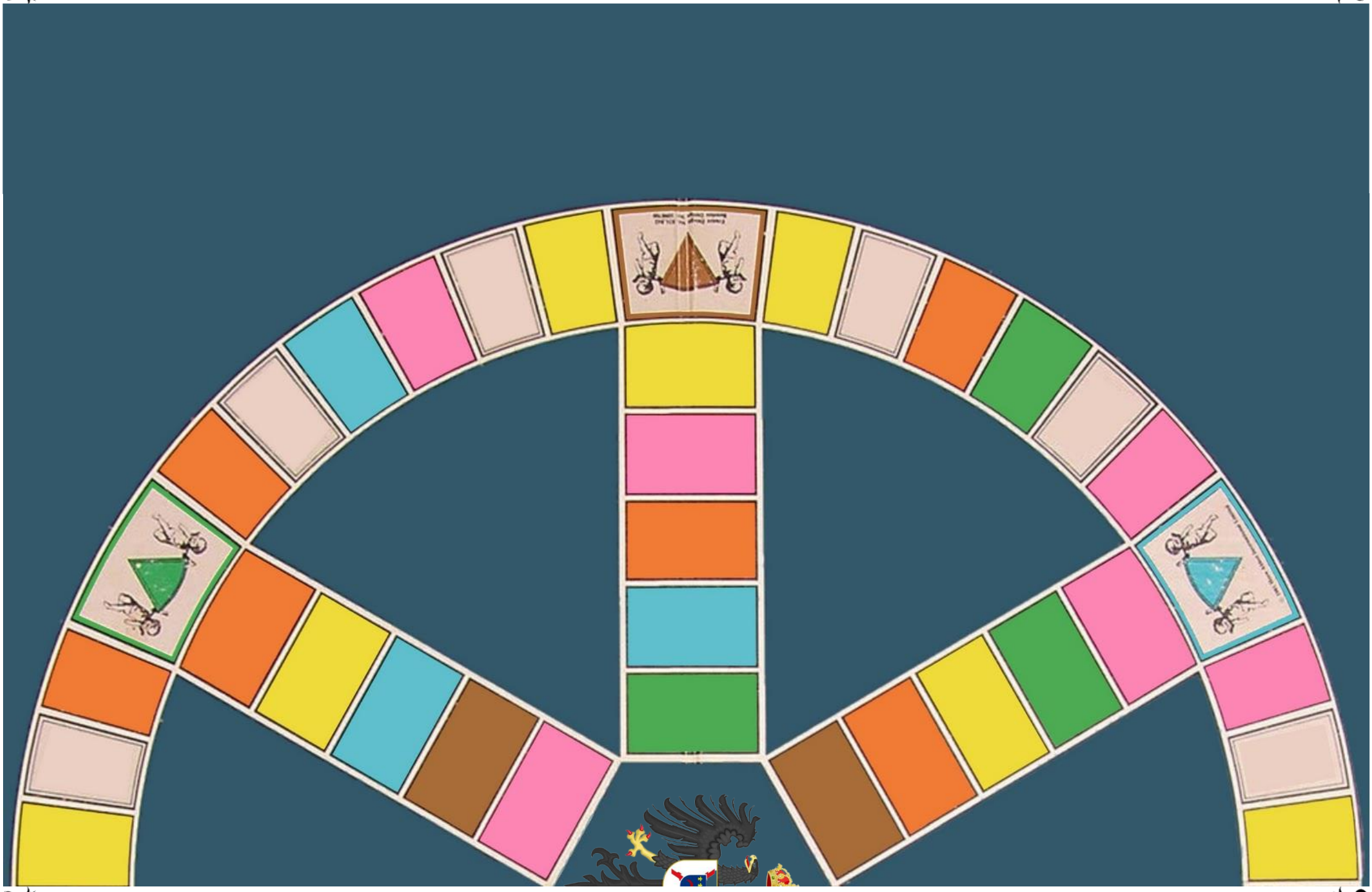
Pasatiempos

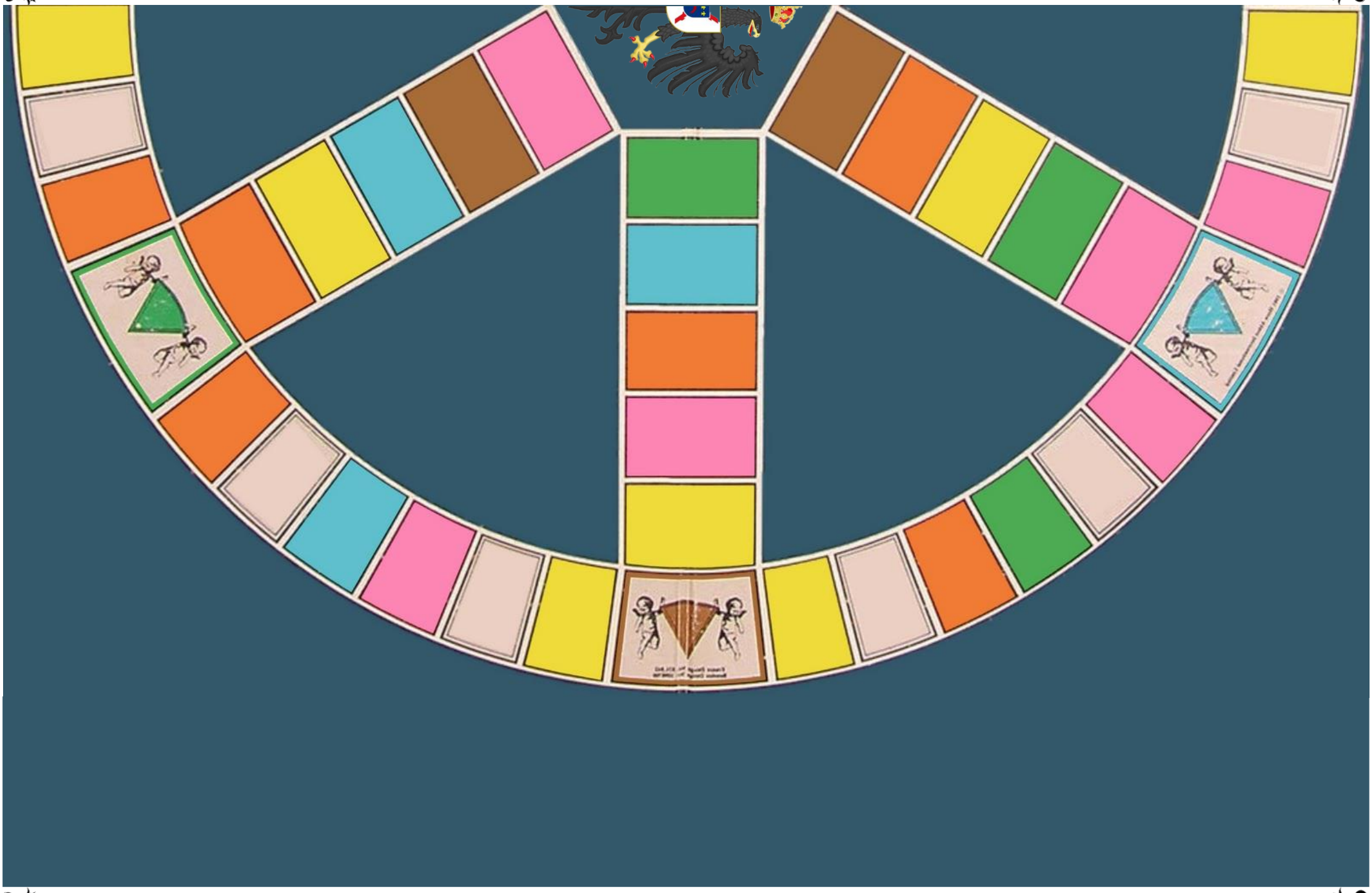
Trivial Carlista

El juego consiste en lo siguiente:

- Recorrer un tablero.
- Responder preguntas.
- Ganar cierto número de trofeos (quesitos)
- Llegar a la meta final.

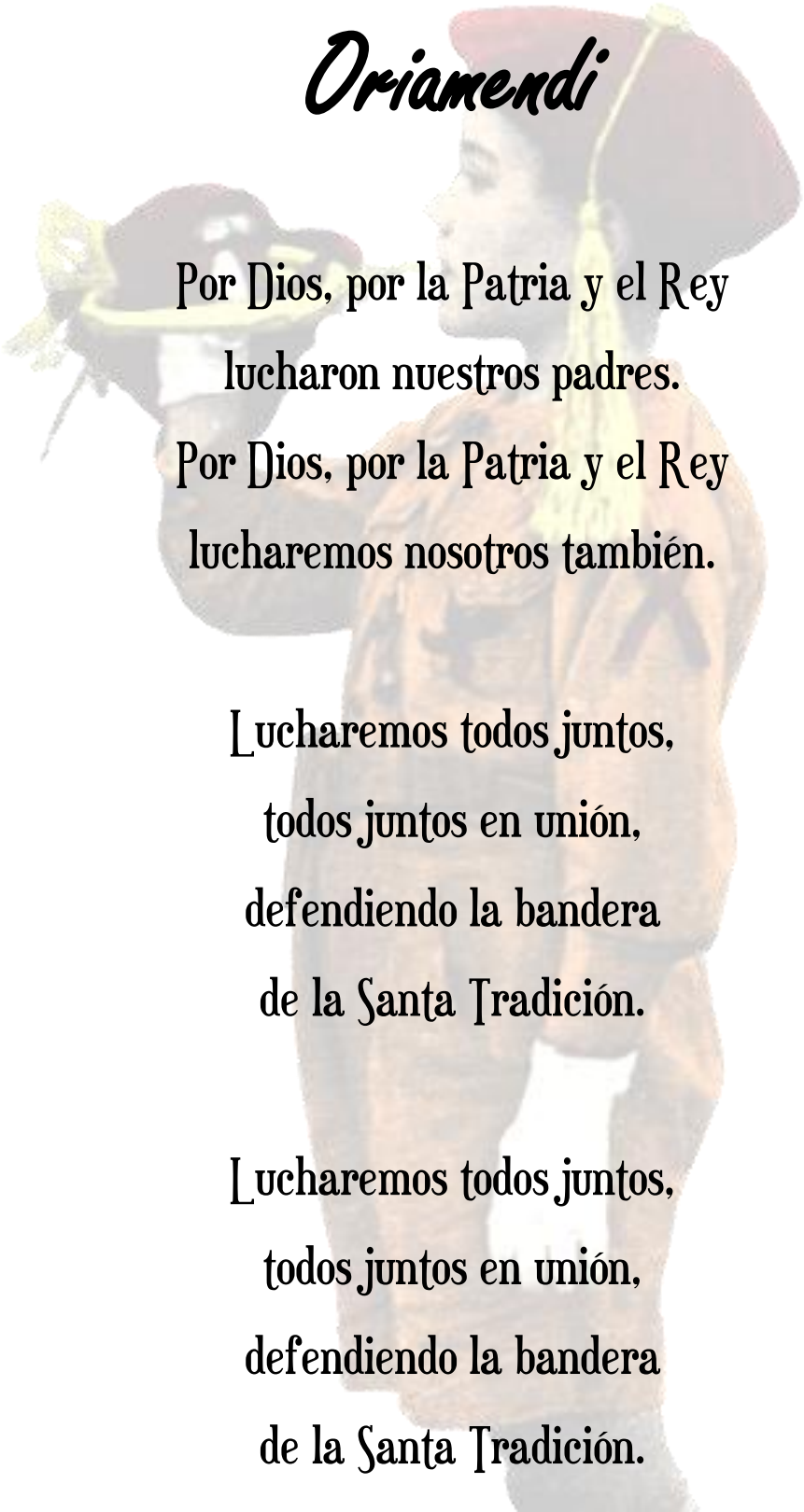
Responder preguntas es el combustible que te moverá a través del tablero. Mientras más y mejor respondas, más avanzas.





Cancionero

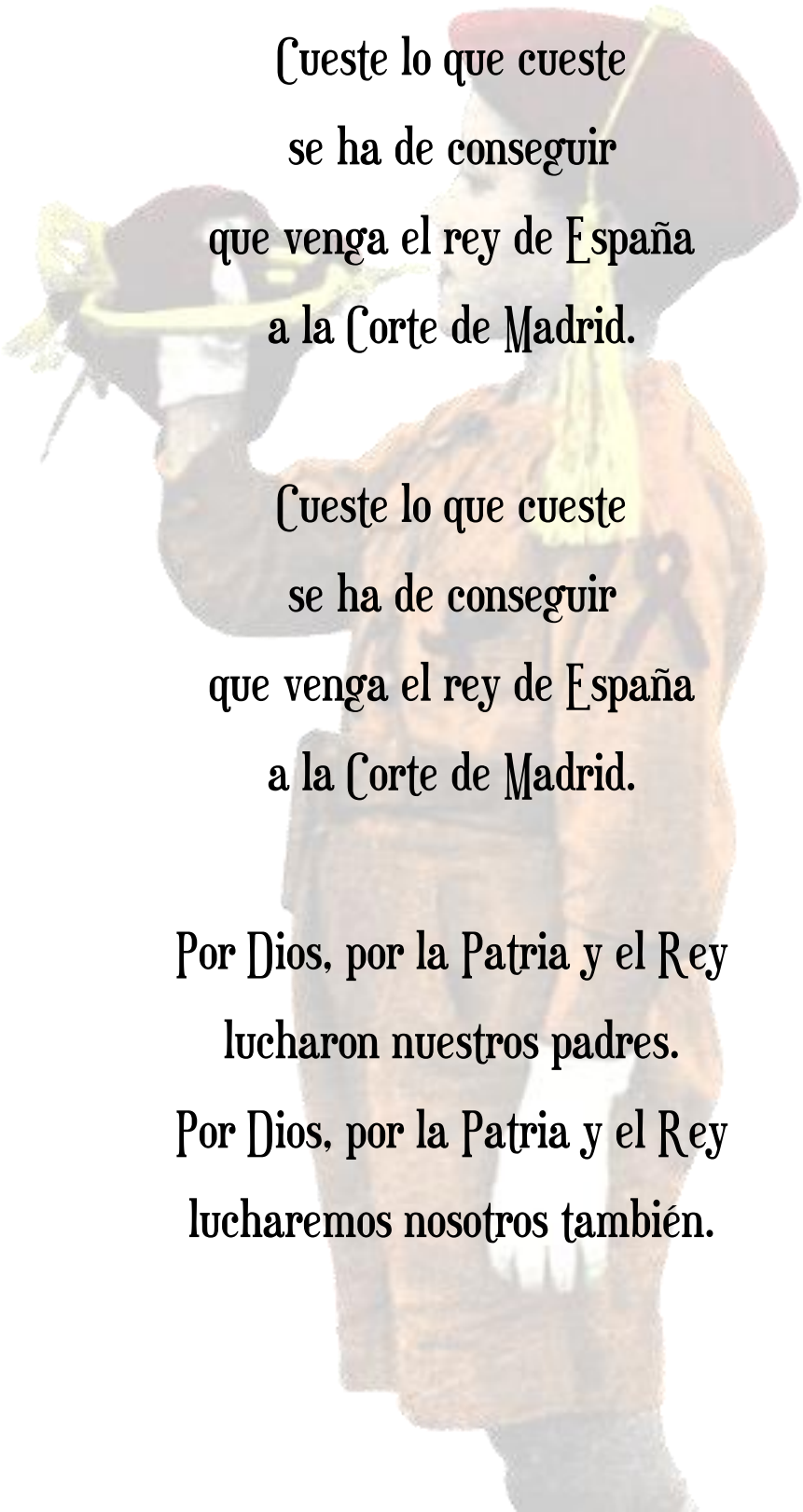
Oriamendi



Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.

Lucharemos todos juntos,
todos juntos en unión,
defendiendo la bandera
de la Santa Tradición.

Lucharemos todos juntos,
todos juntos en unión,
defendiendo la bandera
de la Santa Tradición.



Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que venga el rey de España
a la Corte de Madrid.

Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que venga el rey de España
a la Corte de Madrid.

Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.

Tienda Carlista

Mochila y polos de Margarita y Pelayo

https://tiendacarlista.com/